

dos, no pudieron escapar, como quisieron, y muchos fueron desvalijados. Al saber lo ocurrido, los que estaban delante del castillo huyeron, sin esperar que les echaran. Desde entonces, y durante algún tiempo, nada intentaron contra los florentinos.

Nuestro ejército contra Pisa fué entretanto á Vaiana y, acometido por el enemigo, le rechazó vigorosamente, y tomó la plaza. En esta acción murieron Nicolás de Marciano y dos hombres de armas franceses.

Después de esta conquista, vino un nuevo proveedor veneciano á Pisa con dinero, asoldó bastante gente de infantería, que animó mucho á los pisanos, y los nuestros, no juzgándose bastantes para tomar la ofensiva, determinaron estar á la defensa.

SEPTIEMBRE DE 1496.

Veíanse los florentinos atacados por todas partes, porque los pisanos hacían los mayores esfuerzos para quitarles el bastión de Stagno, donde enviaron tropas con artillería.

Habían además disminuído sus fuerzas por la retirada del duque de Urbino, descontento de la República á causa de que unos ciudadanos desconfiaban de él por su poca pericia en la guerra, y otros deseaban se marchase para reemplazarle con capitanes á su devoción. Sin embargo, su retirada fué peligrosa en aquel momento, por tener Florencia sobrados enemigos y por la sospecha de que el de Urbino se pusiera de acuerdo con los sieneses

y concurriera al ataque del bastión; sospecha que aumentó el ver al enemigo volver animoso á la citada empresa con más gente que la vez primera.

Resistieron los nuestros gallardamente el ataque; pero se temía que, de no recibir socorros, fueran vencidos, por lo cual se ordenó á Hércules Bentivoglio que, con sus tropas, viniera del territorio de Pisa; pero no le fué posible, por la situación apurada del ejército en aquel punto, pues los pisanos, animados por haber recibido nuevamente dinero, fueron con sus tropas á Santo Regolo, tomando y saqueando esta plaza y la de Lorenzana.

Contristaba á nuestras tropas no poder hacer frente al enemigo, y se temía la pérdida de Rassignano y de Lari. Para evitarlo fué el Comisario en persona á fin de proveer y municionar dichas plazas. Los florentinos, sin embargo, en sus frecuentes escaramuzas con los estradiotas, llegaron á perderles el miedo hasta el punto de que un hombre á pie no temía esperar la acometida de otro á caballo.

Parecía á los florentinos que era demasiada carga la que soportaban resistiendo solos á los venecianos, á los sieneses y á los marqueses de la Lunigiana y, deseosos de aminorarla, dieron esperanza á los marqueses de acceder á sus pretensiones. Así lograron desembarazarse de sus agresiones, y dedicaron á la guerra contra Pisa los gastos que hacían en la de Lunigiana. Sin embargo para no desconceptuarse con sus súbditos y con los otros Estados de Italia, determinaron atacar á Soiana, y enviaron al campamento á Pedro Capponi con dinero para asoldar nueva infantería. Fué con la artillería junto á la plaza, y cuando ordenaba situarla, estando detrás de un parapeto de troncos de encina, una bala de arcabuz que

atravesó el parapeto le hirió en la sien, cayendo instantáneamente muerto. Así murió un ciudadano más valeroso y elocuente que sabio, y más estimado por las virtudes de su abuelo y bisabuelo que por las de su padre y las suyas; tan versátil en sus actos, que Lorenzo de Médicis, hablando de él, solía decir que le parecía unas veces Neri y otras Gino (1). El día anterior predijo su muerte, considerando que el haberse roto el más grueso de los dos cañones conducidos para combatir los muros de Soiana, era augurio de la muerte del más reputado de los dos Comisarios, por lo cual, al escribir á fray Silvestre una carta dándole noticia de la expedición, le pedía que rogara á Dios por él. Muerto Capponi, el ejército, á las órdenes de Pedro Juan de Ricasoli, se retiró á sus anteriores posiciones.

Entretanto el enemigo sitiaba el bastión de Valiano y era preciso, para socorrerlo, pasar con el ejército por la vía de Soiano é ir á Bitolle por detrás del campo enemigo, ó pasar por el puente, lo que no era posible. Para acordar lo que debía hacerse se reunieron en Foiano Pablo Antonio Soderini, comandante de Arezzo, Guillermo de Pazzi, comisario de Cortona, y Tomás Tosinghi, y determinaron que Guillermo de Pazzi fuera con el ejército y los otros volvieran á Foiano.

Rechazado al fin Juan Savello del bastión que atacaba, retiróse con cuantas tropas pudo reunir á Montichiello, á tres millas de Montepulciano, porque, al querer guarecerse en esta plaza, le rechazaron ignominiosamente, amenazando tratarle como enemigo.

Al día siguiente los nuestros, no satisfechos con la

(1) Llamábase Neri de Gino Capponi.

victoria obtenida, determinaron atacar á los restos del ejército pisano, y dispuesta una emboscada en la selva, enviaron delante un cuerpo de caballería ligera que no encontró á nadie, se esparció por la campiña y robó y quemó las posesiones de los de Montepulciano.

Llegó por entonces á Florencia un embajador del Emperador, manifestando que el Rey de Romanos quería bajar á Italia para ir á Roma, y que su intención era restablecer la paz en la cristiandad, empezando por Italia. Pedía que los florentinos se declararan en favor de la Liga, quejándose de su adhesión á los franceses, y que cesaran en sus ataques á los pisanos.

Respondiéronle que enviarían embajadores, siendo nombrados al efecto el obispo Pazzi y Francisco Pepi, que partieron el 14 de Septiembre. Sus instrucciones consistían en demostrar al Emperador la necesidad que habían tenido en todos los tiempos de seguir á Francia antes de que los franceses vinieran á Italia, mientras en ella estuvieron, y después de partir, por impotencia primero, por necesidad después, y últimamente por observancia de los tratados; haciéndole comprender que su alianza con los franceses, por no depender de su voluntad, no merería alabanza ni vituperio y que, si encontraba medio de que no violasen sus compromisos, entrarían en la Liga. Respecto á Pisa, que S. M. ignoraba sin duda la justicia de nuestra causa, pues, de saberla, no haría tal demanda. Encargáronle también que secretamente le hicieran comprender cómo el combatir á los florentinos convenía tan sólo á los venecianos, quienes pronto le darían en qué pensar.

Estaba de embajador en Milán Francisco Gualterotti, con quien debían reunirse.

No encontraron en Milán los embajadores ni al Duque ni al Emperador; pero supieron que estaban en Tortona; fueron allí, encontrando al Duque, más no al Emperador, que había marchado á Génova para estar en tierras suyas y asustar más á los florentinos.

Determinaron los embajadores hablar con el Duque, y le recordaron la antigua amistad de su familia con el Gobierno florentino; excusando las cuestiones pasadas con la necesidad que les apremiaba, y excitándole á que se ocupara más de sus vecinos los venecianos, que podían ofenderle, que de nosotros los florentinos, obligados á mantener su poder.

Contestóles benévolamente que había sido la causa de la libertad de los florentinos y quería ser mantenedor de ella, pero les aconsejaba se portaran como buenos italianos con los demás potentados de Italia; que, en verdad, les prometió Pisa otras veces si se adherían á la Liga, pero ahora no podían prometerlo ni él ni ningún otro príncipe, por ser asunto correspondiente á la Liga y no á alguno de los aliados, por lo cual les aconsejaba hicieran una de estas tres cosas: ó entrar en la Liga y esperar por medio de ella la posesión de Pisa, ó poner *de justicia* la causa de Pisa en manos del Emperador; ó hacer saber á éste que harían lo que le agradara, y dejarse gobernar por él.

Respondieron convenientemente los embajadores á esta proposición del duque de Milán y, como el Emperador estaba junto á Génova, no quisieron presentarse á él sin nuevas instrucciones del gobierno florentino, al cual manifestaron que el Emperador había pasado con mil infantes y trescientos caballos.

Insistía mucho el duque de Milán en que los floren-

rentinos debían adherirse á la Liga, en lo cual consistía su salvación y la recuperación de Pisa, y que, de no hacerlo, perderían la libertad, amenazándoles con el Emperador y con toda la fuerza de la Liga, cosa que no pesaría á los venecianos ni á ningún otro Estado. Procuraba, pues, el Duque amenazar por una parte, y por otra aconsejar que entregáramos Pisa al Emperador, porque, deseando privar de ella á los venecianos, era aquella ocasión oportuna y haría todo lo posible por aprovecharla.

Fueron á Génova los embajadores por orden del Gobierno florentino; llegaron allí el día 4; hablaron al Emperador el día 6, con todas las ceremonias usuales, y después, en audiencia secreta, le dijeron lo que antes hemos referido. A esta audiencia asistieron el duque de Sajonia, el consejero Marco Valdo y un Protonotario que representaba al Pontífice. Los embajadores salieron de la audiencia á sitio inmediato y, al poco tiempo, se unieron á ellos el Protonotario y Marco Valdo, fingiendo haberles oído que los florentinos querían poner en sus manos la cuestión de Pisa, y alabando esta determinación. Pero los embajadores respondieron que no se trataba de tal cosa; que queríamos la libre posesión de Pisa; que la buena fe del Rey de Romanos era notoria, pero el gobierno de Florencia no consideraba prudente comprometer sus derechos. Discutióse mucho, y el Emperador puso término al debate declarando que al día siguiente partiría para Liorna. No quedó nada resuelto y en dicho día se embarcó.

Formaban su armada cuatro naves gruesas, seis galeones, ocho galeras ligeras venecianas y dos genovesas y dos grandes barcas. Con él fueron el conde de Caiazzo, dos embajadores venecianos, uno del Rey y otro del Papa.

Las tropas propias del Emperador eran mil quinientos infantes y doscientos caballos.

Envió el Emperador los embajadores de Florencia al duque de Milán, diciéndoles que éste les daría respuesta, y fueron á Milán; pero, apenas llegaron, recibieron despachos de Florencia ordenándoles volver inmediatamente á esta ciudad. Juzgaron, sin embargo, conveniente, ya que la suerte les había llevado allí, hablar con el Duque, y fueron presentados ante él, á presencia de todos los embajadores de la Liga. El Legado del Papa les dijo que, debiendo responder á nombre del Emperador, deseaba saber de nuevo lo que le habían dicho. Conocieron nuestros embajadores lo que significaban aquellas argucias, y contestaron que nada debían decir, ni desear, ni oír, por haberles llamado su gobierno, á causa de lo cual, con su licencia, partirían.

Admiró al Duque y al Consejo esta respuesta, y les pidieron de nuevo que tuvieran á bien repetir lo que habían dicho *en público*, si no querían decir lo manifestado privadamente. Los embajadores nada dijeron, y el Duque añadió: «¿Vuestro silencio proviene de excesiva prudencia ó de mala voluntad?» Manifestaron entonces que lo producía la mala voluntad de otros, no la suya; que era inútil repetir lo que ya se sabía; que si querían dar respuesta la llevarían á Florencia, y si no, podían darla cuando quisieran á maese Francisco Gualterotti, que allí quedaba. Al día siguiente conferenciaron el Rey de Romanos y el Duque y, en vista de que los embajadores no querían ceder, poniendo Pisa en manos del Emperador, después de largo debate, les dieron licencia.

Apenas entraron en su casa cuando llegó un secretario del Emperador con respuesta de este *in scriptis*, que

durante tres días había sido preparada por el Duque y por los embajadores de la Liga. Enviaron esta respuesta á Florencia y partieron en seguida.

Estas negociaciones se hicieron hasta el 18 de Octubre de 1496, y después fué Francisco Pepi de embajador á Milán, para reemplazar á Francisco Guatelrotti, quien partió el 12 de Abril de 1497.

El Rey de Romanos fué á Vigevano para ajustar un tratado con los venecianos y el Duque, y después se dijo que había venido á Génova.

Súpose que Aníbal Bentivoglio, por orden de los venecianos, iba á Pisa con ciento cincuenta lanzas, y considerando que esto era de importancia, fué enviado á Barga maese Criaco y el conde Ranuccio para impedirle el paso, pero no lo consiguieron. Al llegar Bentivoglio á Pisa, Lucio Malvezzi, que era del bando opuesto al suyo, volvió á Lombardía.

Por la muerte de Pedro Capponi fué enviado al ejército Antonio Canigiani, para ordenar y reanimar las tropas, envilecidas y desorganizadas, no sólo por la muerte del general, sino también por la llegada de Bentivoglio á Pisa y del Emperador á Liorna, que arribó, procedente de Génova, con unos cuatro mil hombres de á pie y á caballo embarcados en siete naves y diez galeras.

La venida de este ejército infundió gran temor en Florencia, por creer que los tudescos sitiarian á Liorna y los italianos se apoderarian de las colinas y otras posiciones de tierra adentro. No se veía medio de que la República, extenuada por tan larga guerra, pudiera, ó socorrer á Liorna, ó rechazar los ataques de las tropas italianas, y de fracasar cualquiera de ambas empresas, la independencia del Estado quedaba en peligro.

En medio de estas incertidumbres animaron á los florentinos las debilidades é irresoluciones del Emperador, y el notar que, pasados algunos días desde su llegada, no ocurría nada de lo que estaban temiendo. A esta esperanza se añadió el saber que ni los pisanos ni los venecianos se fiaban del Emperador, temiendo aquéllos que quisiera privarles de su libertad, y éstos que les alejara de Pisa por sugerencias del duque de Milán, sabiéndose además que los venecianos dilataban la entrega al Emperador del dinero que debían darle conforme al tratado.

Todo esto animó á los florentinos, infundiéndoles esperanza de evitar fácilmente el peligro, si no se descuidaban, máxime esperando por la vía del mar auxilios de Francia que, según los avisos recibidos, no podían tardar mucho.

Ordenaron á Antonio Canigiani retirarse con todo el ejército á Montopoli, punto estratégico desde el cual el enemigo podía realizar su empresa ó retirarse si le era preciso. Enviaron á Liorna al conde Checco, con trescientos hombres que á pesar de la gran lluvia y por medio de los enemigos, quienes á causa del mal tiempo habían abandonado las guardias, entró en la ciudad.

Entretanto, el Emperador ordenaba hacer un puente en Stagno, para poder avanzar ó retroceder con su ejército, según le conviniera; y para proporcionar reputación á sus tropas y asustar al enemigo, envió un destacamento hacia Bolgheri. Pidieron los alemanes al gobernador de esta plaza que les diera entrada, y nególa éste más bien de palabra que con los hechos, porque, al llegar aquéllos á los muros, rindiéronse los de dentro, y el enemigo les mató en las casas y en las iglesias sin perdonar sexo ni edad.

Transcurrieron así algunos días con más miedo que daño, al cabo de los cuales aparecieron en el mar siete naves gruesas francesas que conducían mil infantes con Carlos Orsino y Vitellozzo. Cuando el enemigo vió esta armada se retiró con sus barcos al amparo de la Meloria y los franceses arribaron al faro de Liorna.

Este socorro hizo que las tropas de tierra se retiraran hacia Stagno y, al cabo de algunos días, cobrando ánimo, volvieron al sitio de Liorna, con determinación de asaltarla. Pero como si no bastara el auxilio humano á Liorna, una gran tempestad privó de recursos al enemigo, y el Emperador juzgó imposible continuar el sitio sin peligro suyo, teniendo casi perdida la armada, y estando intacta la de los franceses en el puerto, por lo cual, renunciado á todo ataque por mar, se internó con el ejército para sitiar á Montecarlo.

Estaba ya á menos de tres millas con sus tropas ordenadas, cuando le llevaron un campesino luqués que la vanguardia había cogido en el camino, quien, por propia voluntad, ó por orden de Antonio Giacomini, Comisario en Montecarlo, le aseguró que había en esta plaza dos mil infantes, y en el valle, detrás de la colina, más de mil caballos, cuyas tropas habían llegado la noche anterior. Oído esto por Maximiliano, bien fuera que lo creyese, bien que le conviniera aparentar creerlo, disgustado por parecerle que habían descubierto sus intentos en aquella empresa, volvió bridas y, sin pedir consejo á nadie, por medio de sus tropas dirigióse á Pontremoli, sin querer dar explicaciones á ninguno ni hablar al conde de Caiazzo hasta que estuvo en Lombardía. Así dejó libre de tudescos la Toscana, partiendo por lo que le dijo un campesino de donde, por la persuasión de un Du-

que tan ligeramente había entrado; porque nada hay tan irresoluto como un ánimo suspicaz.

DICIEMBRE DE 1496.

Cuando por la parte de la Romaña Guillermo de Pazzi hizo levantar el sitio del bastión de Valiano y puesto en fuga al enemigo, volvió á Cortona, dejando la custodia de aquel punto á Tomás Tosinghi, quien, por comprender que con la fuerza no podía hacer daño á los de Montepulciano, apeló á la astucia. Buscaba un medio de vencerles, cuando se le ofreció un fraile franciscano, natural de Lombardía, que le prometió valerse de su industria para hacer llaves falsas de las puertas de la plaza, y de este modo facilitarle una noche la entrada. El intento fracasó porque, probando el fraile las llaves rompió una en la cerradura, lo cual hizo en lo porvenir más cautos á los de Montepulciano y privó de esta esperanza á Tosinghi. Para aparentar que no desistía de sus propósitos intentó de nuevo corromper á Antón Tarugi y, á fin de seguir con toda atención este negocio, se pactó con los sieneses una tregua de dos meses. Convenido con Tarugi cómo y cuándo se presentarían ante los muros, fueron reunidas las tropas y se tomó á sueldo de la República á los Vitelli y á los Baglioni (1).

Partió el Emperador, y temerosos los pisanos y anima-

(1) Sigue á este párrafo una laguna de varias líneas en el manuscrito, y al margen hay una nota que dice: «Preguntar á Tomás Tosinghi.»

dos y llenos de esperanzas los florentinos, movieron éstos su ejército para recobrar las plazas que en las colinas les habían quitado, por juzgar que la marcha de Aníbal Bentivoglio no alarmaría menos al enemigo que la del Emperador.

Levantado el campamento, fueron las tropas á Tremoleto y mataron á cuantos estaban dentro. Aterrados por este hecho, se rindieron Colognole, Lorenzana y Santo Regolo. No hizo lo mismo Santa Luce y, tomada por fuerza, perdonaron la vida á los habitantes, pero les expulsaron en camisa é incendiaron el pueblo. Desde allí se retiraron á San Rufino para ir á la expedición de Soiana, con objeto de vengar la muerte de Pedro Capponi y el desastre que sufrió el ejército en aquel punto.

Comprendiendo los de Soiana que no podían resistir, y temerosos de perder la vida, casi todos huyeron por los muros durante la noche, y á la mañana siguiente estaba la población abandonada. El Comisario la mandó arruinar hasta los cimientos, en venganza de la muerte de su colega.

Viendo los pisanos al enemigo dueño de la campiña, hicieron de la necesidad virtud, y determinaron dejar toda la colina á los florentinos, reservándose por aquella parte solamente á Cascina, que pusieron en estado de defensa.

A los Vitelli se les permitió acuartelar en nuestro territorio, y Pablo vino á Florencia para tratar del sueldo de sus servicios.

Por entonces la nave Normanda, gobernada por monseñor de la Ciappella, encontró la nave Gallerana en el puerto de San Esteban y, cuando ya había casi vencida

la nave genovesa, un disparo de bombarda le cortó las amarras y se fué á pique.

Nuestras tropas devastaban en la Lunigiana las tierras del marquesado. Siendo inferiores en fuerzas los Señores de aquel territorio, y aguardando próximo auxilio de Marcos y Jorge (1), daban esperanzas de acuerdo, por lo cual los nuestros suspendieron la devastación de su país; pero conocida al fin su malicia, continuó el ataque y les tomaron Bighirollo. Para oprimirles mejor y hacerles reconocer más pronto la soberanía de Florencia, se consideró provechoso (mientras aquellos marqueses eran débiles) enviar nuevas fuerzas. Fueron seiscientos franceses, y nuestro campo se estableció en Talerano, lugar entre Viano y Marciasso, pero no se salía á campaña por falta de dinero.

Hubo entonces disturbios en Génova, promovidos por los desterrados que protegían los franceses, y para debilitar la confianza de los partidarios del duque de Milán, los franceses, á las órdenes de Jacobo Trivulzio, invadieron los Estados del Duque y se apoderaron de un castillo llamado el Castellaccio, próximo á Alejandría, y engrosando sus fuerzas, volvieron hacia Génova para mudar allí el gobierno. Imposibilitado el Duque, por esta agresión, de socorrer á los marqueses de la Lunigiana, hizo saber á los florentinos que sería bueno no persiguieran á dichos marqueses, y evitar tanta perturbación en Italia, cosa que se oyó en Florencia de buen grado, porque allí también se deseaba curar esta llaga y, accediendo á las instancias del Duque, consintieron los florentinos en retirar sus tropas de aquella comarca,

(1) Es decir, de los venecianos y los genoveses.

quedando cada cual con las posesiones que antes tenía.

Para mantener el enemigo apartado y poder hacer correrías hasta las puertas de Liorna, construyeron los pisanos un bastión en Stagno que les sirviera de apoyo en el centro de la comarca, hicieron un puente hacia la parte que ocupaban, y fortificaron con trincheras y fosos una iglesia situada entre los dos puentes y la hostería. Tan rápidamente ejecutaron estos trabajos, que, antes de poder impedirselos, ya tenían guarnición en ellos.

Nuestro ejército estaba sin general, por haber sido nombrado Pedro Juan Ricasoli podestá de Prato, quedando al cuidado de las tropas el conde Ranuccio, que, por dar pruebas de actividad, se apoderó de la Vaiana.

Súpose entonces que habían llegado á Piombino barcos de los venecianos, y Antonio del Vigna, nuevo comandante de Liorna, envió de Campiglia y otros puntos emisarios para saber si era cierto, y aprestó un galeón, una carabela y otros dos barcos semejantes con propósito de atacar el convoy veneciano.

Para no perder tiempo, y por ser perjudicial á Siena el bastión que los pisanos habían construído en Stagno, se determinó atacarle una noche de improviso, esperando tomarle fácilmente. Ordenó para ello las tropas el conde Ranuccio, y sólo esperaba que le llamara el comisario de Liorna; pero dilató tanto hacerlo, por falta de víveres, que los pisanos supieron el proyecto. A pesar de ello, quisieron realizarlo y, al amanecer de un día, presentóse ante el bastión maese Criaco, pero retiróse apresuradamente y no sin vergüenza, por el fracaso del intento.

MARZO DE 1497.

Nombrado Comisario en el ejército de Pisa Lucas Antonio de Albizzi, se ocupó, al tomar posesión del cargo, de activar el ataque del bastión. Mientras lo preparaba, se presentó á él un soldado de la guarnición de la Verrucola y le dijo que si llegaba ante esta plaza una noche habría quien le facilitara la entrada. Pareció bien á Albizzi esta empresa, porque, si tenía buen éxito, era útil, y si fracasaba, haría que los pisanos pensaran menos en la defensa del bastión.

Fué una noche á Bientina y envió doscientos soldados á la Verrucola, donde llegaron poco antes de media noche; pero, no viendo la señal convenida, se volvieron.

Permaneció Albizzi en Bientina con la caballería y la infantería, para proveerse de víveres en la Verrucola, si la tomaba, y si no, proteger la retirada de la infantería enviada, á fin de que no la atacaran los de Vico y de Buti. Partió al fin de Bientina con todo el ejército, resuelto al ataque del bastión, y fué á Lari con pretexto de revistar la infantería y demás tropas que había allí. El día 22, con mil infantes y doscientos caballos estaba al amanecer frente al bastión, y lo tomó de esta suerte..... (1).

(1) Hay en el manuscrito una nota al margen que dice: Leer una carta de Lucas de Albizzi:

ABRIL DE 1497.

Después de esta victoria fijaron los nuestros la atención en las cosas del mar. Estaban alerta para ver si la armada enemiga partía de Piombino, cuando de pronto la torre de San Vicente hizo señales de que venían con dirección á Pisa cuarenta barcas cargadas de víveres y cinco galeras sutiles escoltándolas. Una vez á la vista, salieron en su persecución el galeón y la carabela de Cristóbal Gagliardo, con tres bergantines. Aunque disuadían al conde Checco, que iba en el galeón, de librar combate, ordenó animosamente al que gobernaba el timón dirigir el barco al ataque de las galeras enemigas; embistió y rompió una de ellas, y se apoderó de otra, siendo muy empeñado el combate, que costó la vida á cincuenta enemigos y á diez de los nuestros. El Conde fué herido en el rostro.

Mientras los florentinos se ocupaban en fortificar de nuevo el bastión y atendían á los asuntos del mar, los pisanos atacaron, tomaron é incendiaron á Vaiana, abandonándola después sin dejar guarnición. Los florentinos no pudieron llegar á tiempo de socorrer esta plaza. Temióse también por la seguridad del bastión de Stagno y, á causa de ello, el Comisario fué con el Conde á Liorna, dejando allí buena parte del ejército y regresando á Pontedera.

Los pisanos fueron contra el bastión de Stagno con dos pasavolantes y tres falconetes; el Conde les salió al

encuentro, y juntos entraron en el Stagno; pero fueron arrojados los enemigos del bastión, que quedó en poder del Conde é hizo en él nuevas fortificaciones.

Los Vitelli, es decir, Vitellozzo, se apoderó de Cisterna ó, mejor dicho, la recobró con consentimiento de los florentinos. Pero el Papa, aliado entonces con los Colonna, determinó arruinar el partido de los Orsini y puso cerco á Bracciano. Juzgó Vitellozzo que la pérdida de aquella plaza sería en efecto la ruina de los suyos y que, de no socorrerla, se perdería, por lo cual, unido á Carlos Orsino, juntaron las más tropas que pudieron, sacaron de Castello mil infantes, y se dirigieron á Bracciano.

Salió al encuentro de estas fuerzas el ejército del Papa, á las órdenes del duque de Gandía y, dada la batalla, fueron derrotados los pontificios, quedando prisionero el duque de Urbino y muerto Antonio Savello.

El Papa, después de esta derrota, decidió hacer la paz, y los Orsini, que no podían mantener la lucha, la aceptaron fácilmente y prometieron al Papa darle treinta mil ducados al contado y rehenes por otros veinte mil. Uno de los dados en rehenes fué el duque de Urbino, cuyo rescate se tasó en cuarenta mil ducados, viniendo así á ser prisionero del mismo potentado por quien combatió y perdió la libertad.

Alcanzada esta victoria, Vitellozzo, para complacer á sus soldados, invadió el territorio de Siena y saqueó algunas poblaciones y castillos; pero los sieneses acudieron al Papa y se vió obligado Vitellozzo, para no quebrantar la paz que acababa de ajustar, á retirarse de la comarca de Siena, volviendo á Castello con sus tropas. El Papa favoreció á los sieneses, primero por impedir

á los Vitelli adquirir más reputación, y además porque descaba la vuelta de los Médicis á Florencia y no le parecía á propósito cambiar el gobierno de Siena, que les era favorable.

Había entonces gran carestía de víveres en Florencia, y pidieron trigo á los sieneses, quienes prometieron darlo si los florentinos dejaban de agredir á Montepulciano.

Por aquel tiempo los desterrados perusinos invadieron la comarca de Perugia, y los habitantes se prepararon á vigorosa defensa.

El valimiento de Pedro Felipe en Florencia hizo que dieran el mando del ejército al conde Ranuccio, licenciando á Hércules Bentivoglio.

Preparábase Pedro de Médicis á venir á Florencia auxiliado en parte por los venecianos, persuadidos de que si, por su medio, recobraban el poder los Médicis, gozaría Venecia de la tranquila posesión de Pisa y de influencia decisiva en Toscana, y en parte por los sieneses, deseosos de vengarse de los florentinos, llevando los enemigos á las puertas de Florencia como éstos los llevaron á las de Siena, y por el deseo de que el acuerdo con Médicis les proporcionara á Montepulciano.

Mientras Pedro de Médicis, con el citado auxilio y con el de Bartolomé de Alviano, que le había prometido mil quinientos soldados para llevarle hasta los muros de Florencia y asegurar su retirada, si no podía entrar en esta ciudad, disponía la expedición, se ajustó una tregua de seis meses entre Francia y la Liga, comprendiendo á los confederados; por lo cual los florentinos determinaron disminuir los gastos que ocasionaba la guerra con Pisa y suspender las hostilidades; pero la noticia de lo

que proyectaba Pedro de Médicis les alarmó de tal suerte que á todas partes enviaron Comisarios: Pedro Juan fué á Brolio, Braccio Martelli á Poggibonsi. Ordenaron que las tropas acantonadas en Val de Chiana fueran hacia Poggibonsi, pero dispuestas á la marcha, porque ignoraban si Médicis vendría por Val de Ambrá ó por el camino directo. Se procuró poner en armas las milicias, y escribieron al conde Ranuccio que, dejando guarda suficiente en la comarca de Pisa, fuera con el ejército á Poggibonsi. No se movió el Conde; pero al saberse en Florencia que Pedro de Médicis estaba el día 24 junto á Siena y el 26 continuaba la marcha, ordenaron de nuevo al Conde que partiera en la dirección prescrita, dejando guarnecidas las plazas.

Partió Pedro de Médicis el día 27 de Siena con doscientos hombres de armas, ciento de caballería ligera y mil infantes, todos escogidos, y sin bagajes ni impedimenta entró en territorio de Florencia. Al ver que las poblaciones le cerraban las puertas, dió á entender que no venía como enemigo, sino como amigo, para volver á su casa, para dar pan á quien no lo tuviera y para librar la ciudad y la República de manos de los que, con tan desdichado gobierno, las tenían agobiadas con guerras y hambre. Acampó en Tavernelle de Val de Elsa, con orden de continuar la marcha después de breve descanso, para llegar cuanto antes á las puertas de Florencia y no dar tiempo de aprestarse á la defensa á los ciudadanos; pero cayó tan abundante lluvia que no pudo ponerse en marcha hasta la mañana siguiente.

Llegó á Florencia la noticia de que Pedro de Médicis estaba en Tavernelle y la Señoría, temerosa de que á la mañana siguiente se presentara junto á Florencia, or-

denó el armamento de los ciudadanos y dispuso cómo se debía defender la ciudad y el Palacio.

Bernardo del Nero y muchos otros ciudadanos sospechosos, en número de más de cuarenta, fueron llamados, con pretexto de consultar con ellos, y encerrados en el Palacio. Enviáronse doscientos infantes á la Cartuja á las órdenes de Juan de la Vecchia, no sólo por ver si Pedro temía dejar esta fuerza á su espalda, sino también para que guardaran aquel punto, á fin de que Médicis no se estableciera tras de los muros de la Cartuja y renovara, desde allí, las tentativas que al pronto tuvieron mal éxito.

Encontrábanse en Florencia Pablo Vitelli, que había vuelto aquel día de Mantua, donde estuvo prisionero, y Hércules Bentivoglio, licenciado del mando del ejército y que aquel día debía partir. A ambos se les ordenó que con Pablo Antonio Soderini y muchos otros ciudadanos notables acudieran á la puerta de San Pedro, llevando á sus órdenes unos mil hombres bien armados.

Apenas se habían tomado estas disposiciones, cuando se presentó Pedro de Médicis con sus tropas en San Gaggio, situándose sobre la colina y avanzando una parte de su ejército hasta las fuentes. Los jefes que mandaban en la puerta conocían la clase de hombres que tenían á sus órdenes, y aconsejaron que se cerrara ésta para que, teniéndola por medio, ni los de dentro ni los de fuera pudieran intentar la fortuna de las armas.

Viendo Pedro de Médicis que no se sublevaban en su favor dentro de Florencia, como le habían prometido y esperaba y, censurando la cobardía de los que le llamaron, determinó volver á Siena y, por bajo del Galluzzo tomó el camino de Volterra, por creer que las tropas

llamadas para impedir su venida deberían estar reunidas hacia San Casciano y Poggibonsi, á fin de impedirle la vuelta. Después de dar descanso á sus soldados en Giogoli, á seis millas de Florencia, continuó su camino hacia la Pesa.

El conde Ranuccio con sus tropas, que venía de San Casciano, llegó al frente de ellos sobre la colina de San Juan. No creyeron los nuestros que debían presentar batalla, sino seguir al enemigo hasta los límites de la República sin acometerle en parte alguna. El Conde excusó su prudencia diciendo que el ejército estaba tan fatigado como el de Pedro de Médicis, pues al mismo tiempo que éste salía de Siena partió aquél de Pontedera y no quería exponer la fortuna y la libertad de Florencia al éxito de una batalla.

MAYO DE 1497 HASTA EL 25 DE OCTUBRE QUE DURÓ LA TREGUA

Y DESPUÉS TODO NOVIEMBRE.

Publicada la tregua y apartado Pedro de Médicis de las inmediaciones de Florencia, se vivió durante los seis meses de aquélla sin hacer nada importante ni en la empresa contra Pisa ni en parte alguna, ocupándose en disminuir los gastos y en averiguar la causa de la venida de Pedro de Médicis. Al fin la descubrió Lamberto de la Antella y, por esta conspiración, fueron muertos cinco ciudadanos, según he anotado en un cuaderno de mis apuntes que sólo trata del descubrimiento, proceso

y muerte de dichos cinco ciudadanos, de quienes hablo en otra parte (1).

Durante la tregua, que empezó el 25 de Abril y terminó el 25 de Octubre, se estuvo á la defensiva y con pocos gastos.

Lucas de Albizzi fué nombrado Vicario en el Casentino, y le reemplazó en el cargo de Comisario en el ejército de Pisa Bernardo Canigiani que murió, á principios de Octubre, no dejando de sí otro recuerdo sino la opinión de lo que hubiese hecho, en caso de vivir.

Fué enviado para reemplazarle Pedro Juan de Ricasoli.

Terminada la tregua, se decidió apoderarse inmediatamente de la Vaiana y Colle Salvetti, sitios á propósito para guardar el camino de Liorna y reorganizar las compañías de infantería y caballería ligera.

Por haber hecho los pisanos una salida con su caballería, el gobernador de Siena acudió con sus tropas para combatirles; pero se habían retirado ya, y el gobernador, para que no fuera ineficaz aquella expedición, fué á Colle Salvetti, lo tomó, dejó guarnición y ordenó al Comisario enviara allí víveres y más tropas; pero, antes de que fuesen, los pisanos recuperaron este punto.

Para no perderlo ni tener causa de temor por aquel lado, y para que los florentinos hicieran gastos en reconstruirlo, destruyeron aquel bastión en gran parte. La Vaiana la abandonaron y quemaron, y Criaco, al día siguiente, destruyó lo que quedaba en pie.

(1) Habla en el extracto de las cartas que publicamos á continuación de estos fragmentos. Los ciudadanos muertos fueron Bernardo del Nero, Lorenzo Tornabuoni, Nicolás Ridolfi, Gianozzo Puci y Juan Cambi.

Además de la gente que tenían en Pisa, los venecianos enviaron á Criaco de Martinengo con quinientos caballos.

Estos sucesos ocurrieron hasta fin de Noviembre de 1497.

DICIEMBRE DE 1497.

Por haber enfermado en el campamento Pedro Juan de Ricasoli, fué nombrado para reemplazarle en el cargo de Comisario Guillermo de Pazzi.

Llamaron de Monte Carlo á Giacomini y le enviaron á inspeccionar Liorna y toda la comarca de la marisma. Después fué á la Lunigiana para continuar las negociaciones con los marqueses, con orden de encaminarlas á la paz mejor que á la guerra, porque los florentinos deseaban no tener tantos enemigos á la vez.

Por el lado de Pisa, para mostrar el conde Ranuccio que era digno del mando que la ambición de otros y no sus propios méritos le había concedido, determinó mostrarse con el ejército á los pisanos y hacerles ver que iría con él hasta los muros de Pisa. Reunió, pues, todas las fuerzas que pudo sacar de las guarniciones, y partió de Bientina por los montes que dominan á Vico; bajó á San Juan de la Vena, saqueó esta población y se dirigió después hacia Pisa. Situado en orden de batalla en la llanura de Agnano, presentó el combate á los enemigos; pero los pisanos no quisieron intentar la suerte de las armas *aperto Marte* y, dispuestos á cortarle la retirada, ocuparon los montes é interceptaron el paso por debajo

de la Verrucola, que era por donde el Conde había proyectado la retirada, viéndose precisado á seguir el camino de Luca perseguido por todos lados hasta la noche. El valor de los soldados le salvó el crédito que, de todos modos, debía perder al poco tiempo. Esta expedición sólo le produjo la fatiga del viaje y la vergüenza de exponerse á peligros de que le libraron sus valientes tropas y la fortuna, que aun no le había vuelto la espalda.

Tomás Capponi, que estaba en Arezzo, procuró y consiguió la paz entre los ciudadanos y los campesinos. Para perturbarla y para examinar los asuntos de la Valdichiana, fué nombrado Comisario Bernardo Ridolfi, pero no llegó á tiempo.

ENERO, FEBRERO Y MARZO DE 1498.

Los de Siena quemaron en el Cortonés Poggio Martino, y los nuestros el castillo de Bitolle.

Por la parte de Pisa no se hicieron más que algunas correrías.

Durante todo el mes de Abril ocurrieron los negocios del Fraile (1), el incendio y otros asuntos gravísimos para Florencia.

Fué enviado á Valiano Ghirigoro de Benino, y llamado Tomás Tosinghi.

Antonio Giacomini, que estaba en la Lunigiana,

(1) Refiérese al proceso y muerte de Fray Jerónimo Savonarola.

comprendió que aquellos marqueses deseaban más la guerra que la paz y, por ello, enviáronse nuevamente tropas á la Lunigiana. No agradó al duque de Milán esta determinación, y se dispuso, por acuerdo del Duque y de los florentinos, que Giacomini se avistase en la Lunigiana con un comisario del Duque y pactaran una tregua y el arreglo de las ofensas. Parte de las tropas que fueron á Borgo Rinaldi las enviaron á Pescia.

A Juan de Pedro Francisco, que estaba en Imola, porque aumentase en categoría, le nombraron Comisario en la Romaña.

ABRIL Y MAYO DE 1498.

Murió el rey Carlos VIII y le sucedió en el trono de Francia Luis, duque de Orleans, quien envió á decir al duque de Milán que, tan vecino como había tenido al duque de Orleans, tendría al rey de Francia (1).

Por la parte de Pisa se esperaban correrías. Los pisanos hicieron una salida hacia el 20 de Mayo, en número de 700 caballos, y recorrieron las marismas, cogiendo muchos prisioneros y gran presa de ganados.

El conde Ranuccio determinó hacerles frente y, reunidas algunas fuerzas, les atacó en San Regolo y les venció. Ya retiraba el botín que les había cogido, cuando vinieron de Pisa 200 hombres de armas y 500 infantes,

(1) El Duque de Orleans estuvo sitiado en Novara cuando la expedición del rey Carlos VIII á Italia.

que atacaron nuestra retaguardia y, por estar los soldados dispersos, se pusieron en fuga, no librándose de todo el ejército más de 20 caballos. Cayeron prisioneros bastantes jefes. El Gobernador de Liorna, el Comisario y algunos otros se refugiaron en San Regolo, que les sirvió de asilo.

Esta derrota consternó á los florentinos, quienes, para poner pronto remedio y levantar nuevas tropas, nombraron capitanes de ellas á Pablo Vitelli y á Vitellozzo, con 300 lanzas, encargando á Julián Gondi que ajustara sus servicios. Tomaron á sueldo á Octavio de Imola con 125 hombres de armas; escribieron á Juan Bentivoglio para que enviara sus tropas; solicitaron los servicios de los Baglioni, que acudieron en seguida; concedieron á Vitelli que llevara 1.200 infantes de Castello; y, para que todas estas fuerzas no encontraran el ejército desordenado, enviaron á Benedicto de Nerli á Cascina con dinero y encargo de reunir á los dispersos por la fuga y orden de sacar de Pistoia y Val de Arno el mayor número posible de soldados de infantería.

Para no molestar á los amigos del conde Ranuccio, ni perder un general del cual otros podían valerse, le tomaron nuevamente á sueldo con 200 hombres de armas y, á fin de evitar rivalidades con los otros jefes, le ordenaron ir á Pescia para guardar Val de Nievole.

Los venecianos, después de la citada victoria, no teniendo órdenes más que para devastar el país y guardar las plazas de los pisanos, dieron tiempo á los florentinos para hacer estos preparativos.

JUNIO DE 1498.

No anduvieron tan de prisa los florentinos, como las órdenes que de Venecia recibieron los pisanos, quienes se dirigieron al ataque de Puente de Sacco. Pero el general estaba ya en Florencia, y Vitellozzo iba directamente á Pisa por Val de Elsa. Al llegar éste al puente, los pisanos, que tropezaban con serias dificultades para la expugnación de Puente de Sacco, en vista del socorro que acudía, se retiraron.

Fué tomado á sueldo Pablo Vitelli con cincuenta caballos, y el 1.º de Julio llegó á Florencia, donde era Confaloniero Veri de Médicis. Le recibieron con grandes honras y se le dió en la tribuna el bastón de general de nuestro ejército, conforme á las costumbres de la ciudad.

El general, para dar fama á su llegada y estrechar á los enemigos, se situó con las tropas en Colcinaia, por la comodidad del río, que le permitía estar seguro, batir á Vico y Cascina y poder socorrer las Colinas y Val de Nievole, si los pisanos hacían correrías.

Fué llamado á Florencia Benedicto Nerli, reemplazándole como Comisario Jerónimo Ridolfi.

Continuaba la cuestión del Fraile (1) desde el pasado Abril.

Braccio Martelli fué nombrado embajador en Génova.

(1) Jerónimo Savonarola.

Los venecianos tomaron bajo su protección al Señor de Rímini, y asoldaron al duque de Urbino, Astorre Baglione, Carlos Orsino y Bartolomé de Alviano.

JULIO DE 1498.

Pareció al duque de Milán que era demasiada la ambición de los venecianos, y se puso de parte de los florentinos contra Pisa. Acaso su objeto era agotar los recursos de las dos Repúblicas por medio de larga guerra, á fin de llegar á ser más fácilmente árbitro en Italia, logrando de esta suerte mayor fama. Tal era el concepto que de su valimiento había formado, que anunciaba sonriendo acabaría la guerra en Italia cuando él quisiera, agradándole oír á los aduladores, y entre ellos á un bufón que le repetía: « Este glorioso Príncipe tiene por tesoreros á los venecianos, por capitán al rey de Francia, y por correo al Emperador. » Decíase también en su corte: « Dios en el cielo, y Luis Sforza en la tierra, saben el fin de esta guerra. » Sea lo que fuere, ó por ambición suya ó por favorecer á Florencia, se puso de su parte, alentó á los florentinos á continuar la empresa de Pisa, y hasta les envió unos trescientos caballos á las órdenes de varios jefes.

Animados en Florencia por las persuasiones y los favores del duque de Milán, procuraban reunir dinero para activar la guerra contra los pisanos. El general declaraba que no quería permanecer ocioso y los pisanos, por no mostrar temor á los refuerzos del ejército floren-

tino, atacaron el bastión de Stagno; pero su acometida fué infructuosa y, sabedores de los preparativos para rechazarlos, se retiraron.

Los venecianos, que ya habían tomado á sueldo para la guerra de Toscana los capitanes nombrados antes, procuraron atraerse á los sieneses y asoldar al Señor de Piombino. Como esto, si lo conseguían, era muy grave, esforzábanse los florentinos en impedirlo con la ayuda del duque de Milán.

En Siena se puso de parte de los venecianos Nicolás Tegrimi, que gozaba de grande autoridad, y Pandolfo, para no perder la suya y contrarrestar la de Tegrimi, apoyó á los florentinos. Éstos enviaron á Siena un embajador, que, unido á Pandolfo y al embajador del duque de Milán, consiguieron vencer á Nicolás Tegrimi. Para mantener estas ventajas fué preciso desplegar fuerzas y, después de la toma de Vico, de que hablaremos luego, enviaron los florentinos al conde Ranuccio á Poggio y gran cantidad de armas á Pandolfo. Por este medio se consiguió una tregua de cinco años; tregua vergonzosa, porque fué preciso destruir el bastión de Valiano, pero necesaria para cerrar la ancha puerta que los venecianos tenían para atacarnos. Este acuerdo modificó también las pretensiones del Señor de Piombino, que se contentó con quedar á sueldo del duque de Milán y de los florentinos, quienes pagaban á medias los gastos, recibiendo veinticinco mil ducados y doscientos hombres de armas, y el título de lugarteniente fuera de Toscana.

AGOSTO DE 1498.

Hubo por entonces entre los pisanos y nuestras tropas algunas escaramuzas sin importancia.

Fué nombrado Comisario en el ejército Jacobo Pitti, y como adjuntos, para dar mayor autoridad á su cargo, enviaron á Pedro Popoleschi y Benedicto Nerli, con los recursos necesarios para que las tropas comenzaran las operaciones, dejando á juicio del general acometer la empresa más conveniente contra Cascina, Vico, Libbrafatta ó la Verrucola. Fué reforzado el ejército con cuatro mil infantes y..... caballos, y tomaron á sueldo á Dionisio de Naldo con quinientos infantes, en cambio de Pedro, que no había querido ir al ejército, pero que fué después.

El 20 de Agosto salió el ejército de Calcinaia y fué á Buti. El general mandó ocupar antes los montes y hacer un bastión en Pietra Dolorosa. Tomada la abadía de San Miguel en veinticuatro horas, se rindió Buti á discreción. Allí despojó á los soldados, hizo prisioneros á los habitantes y mandó cortar las manos á seis artilleros.

Al día siguiente se dirigió contra el bastión de Vico, abriendo primero por los montes, desde Buti á Vico, un camino para llevar la artillería, lo cual fué de mucho coste y fatiga. El bastión lo encontró abandonado, y recorrió todo Val de Calci, tomó á Calci y acampó frente á Vico, que á los ocho días, y después de derribar se-

senta brazas de muro, lo tomó por capitulación. Marco Salviati perdió allí un ojo. Había dentro ochocientos soldados, que quedaron libres con sus bagajes.

Tomado Vico, se acabó el dinero de las pagas del ejército y, necesitándose más para continuar la campaña, hubo disensiones entre los ciudadanos: unos querían que el ejército fuera contra Cascina, y otros contra Libbrafatta. La causa de estas discordias era la opinión favorable ó adversa que unos ú otros tenían del conde Ranuccio. Deliberaron sobre la determinación preferible, y por fin la dejaron á juicio del general, pero prefiriendo la de Cascina. El general, para justificar su decisión, preguntó si escribía al duque de Milán á fin de saber lo que opinaba; pero la pregunta ofendió á los florentinos, y resueltamente le ordenaron ir á Cascina. La orden pudo producir un escándalo, por juzgarla el general depresiva para su autoridad. Envió éste á Florencia una persona de su confianza que expusiera las razones de su conducta y, presentada al Consejo de los Diez, demostró que la expedición á Cascina era peligrosísima si no terminaba en tiempo fijo, y en cambio, la de Libbrafatta prometía segura victoria; alegó además tantas razones, que los Diez se convencieron y, discutido de nuevo el asunto, se dejó á discreción del general.

Como estas conferencias ocasionaron dilaciones, sospechó el pueblo que los Diez querían mantener la guerra y no terminarla, y les amenazaron muchas veces con quemarles dentro de sus casas.

Excitados por el miedo, el peligro y la vergüenza de las acusaciones que les dirigían, reunieron cuanto dinero podían y lo enviaron al ejército, recomendando á los Comisarios que apremiaran al general para continuar

la campaña por el punto que fuera más á propósito, y éste se dirigió á Libbrafatta, pidiendo antes víveres á los luqueses, que, por temor, se los dieron.

Entretanto, Carlos Orsino, Bartolomé de Alviano y el duque de Urbino, tomados á sueldo por los venecianos para que vinieran con Pedro de Médicis contra Florencia por la parte de Siena, no pudiendo venir por este lado á causa de la tregua entre florentinos y sieneses hecha por mediación del embajador en Siena del duque de Milán, resolvieron atacar por otro lado, reuniendo numeroso ejército en la Romaña á fin de acometer con todas las fuerzas venecianas á los florentinos por el punto más favorable y, apartándose del Arbia para ir á Camporeggiano, lugar próximo á la Fratta, en el ducado de Urbino y en los confines de la comarca de Perusa, fueron á Agobbio, para dirigirse después hacia Faenza y unirse allí á las tropas de Juan y Aníbal Bentivogli y de Julián de Médicis quien, por medio de Ramazzoto y de otros jefes de la Romaña y de la montaña de Boloña, había reunido unos cuatro mil hombres de infantería.

Cuando los florentinos supieron estos preparativos, ordenaron al Conde Ranuccio, que estaba en Poggio, trasladarse á Mugello, y enviaron al Señor de Piombino y á Juan Pablo Baglione lo que les debían de sus sueldos, ordenándoles fueran al mismo punto.

Para distraer al enemigo por la parte de Val de Lamona, ordenaron al general que enviase inmediatamente á Dionisio de Berzighella y á Octavio de Manfredi con sus compañías, quienes fueron sin obstáculo hacia Mongigliana. Además enviaron comisarios al Mugello y á la Romaña para proveer á cuanto se necesitara.

Pero antes de que Dionisio de Berzighella llegara con su compañía á Marradi, lograron los enemigos vencer las tropas que guardaban el Burgo, y ocuparon aquel punto, de modo que Dionisio, por no acudir á tiempo, vióse obligado á retirarse al castillo, donde ya se había refugiado Simón Ridolfi. Por ser aquel castillo la llave del Mugello, no juzgó conveniente trasladarse á Modigliana, donde fué sólo Octavio de Manfredi.

Creciendo diariamente el número de los enemigos que ocupaban el burgo, y temiendo los florentinos que el duque de Urbino se uniese á ellos y tomaran á Castiglione, resolvieron aumentar las precauciones de defensa. Escribieron al conde de Gaiazzo, que estaba en el territorio de Parma con unos cuatrocientos sesenta hombres de armas, manifestándole la necesidad de su venida, y enviaron á Andrés Pazzi á la condesa de Imola para darle el pésame por la muerte de su marido Juan de Médicis, y para mantenerla amiga de la República florentina. No habiendo por aquella parte bastante fuerza, enviáronle cinco mil ducados para asoldar tres mil infantes y ponerlos á las órdenes de Fracassa, general del duque de Milán que se encontraba allí con cien hombres de armas y cien ballesteros de caballería. Antonio Giacomini fué nombrado Comisario, con encargo de apremiar á Fracassa para que se dirigiera á Modigliana, porque creían que, reuniendo numerosas fuerzas en aquella parte, podriase promover una sublevación en Berzighella á causa de las inteligencias que allí mantenían Manfredi y Dionisio, ó asustar á las tropas que mandaba Julián de Médicis y obligarlas á retirarse.

Para dar al conde Ranuccio y al Señor de Piombino la infantería que estaba en Mugello, á fin de que pudieran

atacar al enemigo, que se encontraba en Marradi, mandaron asoldar dos mil infantes y escribieron al ejército para que vinieran quinientos más, nombrando Comisarios en Mugello á Pedro Corsini y Bernardo Nasi, personas de gran autoridad y reputación.

Mientras se adoptaban todas estas disposiciones para resistir á los venecianos, el general de nuestro ejército contra Pisa tomó á viva fuerza el bastión de Libbrafatta y, puesta la artillería frente al castillo, lo estaba batiendo, sin que el enemigo se atreviera á hacer ninguna salida contra nuestras tropas. Sitiados los habitantes estrechamente, desesperados de auxilio y temerosos de no poder capitular si resistían, á los once días se entregaron.

Dueños los florentinos de Libbrafatta, pensaban que el duque de Milán defendería con su ejército los demás puntos amenazados por el enemigo. Resolvieron, pues, continuar la empresa contra los pisanos y, para estrecharles por aquella parte, desde el Arno hacia Stagno, construyeron un bastión en la torre de Foce, para bloquear á la vez á Pisa y Cascina.

Al mismo tiempo determinó el general reforzar la fortificación de Santa María in Castello, y escribió á Florencia para que le enviaran picapedreros, zapadores y los demás elementos necesarios; pero mudó de propósito y mandó hacer un bastión sobre el monte Verrua, á cuatro millas de Pisa, posición intermedia entre Pisa y Luca, donde ya el luqués Castruccio había hecho una fortificación, cuando se apoderó de Pisa.

Mientras se terminaba esta obra costosísima, no desistían los venecianos de acometer por la parte de la Romaña; y, habiendo tomado el Burgo de Marradi, se preparaban á atacar el castillo para poder bajar después al

valle de Mugello, donde creían ser bien recibidos por los habitantes, favorables á Pedro de Médicis, y en seguida acercarse á Florencia, con la esperanza de que el gran valimiento de los desterrados, ocasionara algún cambio de gobierno, y con él su ansiada dominación en Toscana.

Todo esto lo escribieron los florentinos varias veces al Pontífice, al rey de Nápoles y á los genoveses, y aun les enviaron embajadores, mostrándoles la ambición de los venecianos y la conveniencia de que la contrarrestaran cuando aun era tiempo, no dejándola prosperar, por ver la ruina ajena, tanto que después no pudieran ellos mismos defenderse.

Pero estas persuasiones, por diversas causas, no produjeron ningún efecto. El Papa era enemigo del duque de Milán y, viendo á los florentinos tan afectos al Duque, prefería la destrucción del poder de la Santa Sede á aumentar el prestigio del Duque y que pudiera vanogloriarse de haber vencido á los venecianos. Favorecía, pues, á Venecia y, por no creerse bastante poderoso para destruir la dominación del duque de Milán, se echó en brazos del nuevo rey de Francia, antes duque de Orleans, mortal enemigo del Duque, por pretender que le pertenecía el Ducado y por haber recibido de Sforza numerosas injurias, cuando su antecesor Carlos VIII hizo la expedición á Italia.

Tampoco las persuasiones de los florentinos hicieron mella en el rey de Nápoles, por ser naturalmente pacífico, estar su reino arruinado y tener motivos de temor á los venecianos, que poseían cuatro ó cinco fortalezas importantes en la Pulla.

Los genoveses, naturalmente mezquinos y muy enemigos de Florencia, también se negaron á auxiliar á los

florentinos, siendo de ver que posponían de buen grado la salud de toda Italia, al deseo de vengarse de ellos.

Viendo, por tanto, los florentinos que sus persuasiones, aunque ciertas, no eran creídas ni aceptadas y, no pudiendo esperar acuerdo con los venecianos, á quienes habían enviado como embajadores las personas más autorizadas de Florencia, sin conseguir otra respuesta que la de querer cumplir la promesa hecha á los pisanos de mantenerles en libertad, determinaron hacer el último esfuerzo para no abandonar el asedio de Pisa y echar al enemigo de Marradi.

Como antes he dicho, habían enviado Comisarios á Mugello y al conde Ranuccio con sus tropas, y escrito al conde de Gaiazzo al Parmesano que viniera hacia Imola con sus soldados. También determinaron asoldar tanta infantería que sin peligro pudieran, esperando al enemigo, conseguir de él completa victoria y, si no lo aguardaban, ahuyentarle vergonzosamente. Reunieron, pues, cinco mil infantes, poniéndolos todos á las órdenes del conde Ranuccio que se encontraba en Borgo San Lorenzo, y escribieron á él y al Señor de Piombino (que habían tomado á su servicio con doscientos hombres de armas, á mitad de gastos con el duque de Milán), que acudieran á Marradi para librar el castillo, estrechamente asediado por el enemigo, en lo cual consistía casi todo el éxito de la campaña.

Volvieron ambos con sus tropas á Casaglia para ponerse de acuerdo con el conde de Gaiazzo y Fracassa, que estaban, éste en Modigliana con Antonio Giacomini, y aquél en Forli. Acordaron, pues, la manera de socorrer el castillo. Fracassa opinaba que él con sus tropas y Octavio con las suyas fueran de Faenza á Berzighella para

ver si, por medio de Dionisio, desterrado de esta ciudad, se podía producir en ella una sublevación; y, á fin de conseguirlo, aconsejaba que los que estaban en Casaglia amenazaran á los enemigos situados en el Burgo de Marradi, con objeto de que éstos no pudieran socorrer de modo alguno á Berzighella y que el conde de Gaiazzo fuera también hacia Berzighella, interponiéndose entre esta ciudad y el duque Urbino, que se encontraba con sus tropas en Faenza.

Convenido este plan, al llegar el día designado Fracassa y Dionisio se presentaron ante Berzighella y acercáronse á la puerta, donde les recibieron á cañonazos. Enviaron en seguida uno de los suyos al conde de Gaiazzo que estaba en una altura á la vista de la ciudad, para que se uniera á ellos, é intentar un asalto, con esperanza de apoderarse de la plaza; pero el Conde se negó á ello, según unos por tener encargo del Duque de no derrotar á los enemigos, quienes, si el plan tenía buen éxito, estaban completamente perdidos y, en opinión de otros, por no aumentar el prestigio de Fracassa, autor del proyecto de tomar á Berzighella. Pero acaso, y este fué el parecer de los más entendidos, no contribuyó á la operación que se intentaba por comprender el riesgo que había en ella, pues, abandonando la altura para bajar á Berzighella y ocupando aquélla el enemigo, quedaba sin duda á discrección de éste, y, como sabio, quería huir un peligro manifiesto á cambio de incierta victoria.

Volvió Fracassa indignado á Modigliana por el fracaso del intento contra Berzighella; pero era preciso conseguir de cualquier modo que el enemigo se apartara de Marradi; para lo cual aconsejaron que el conde de Gaiazzo se uniera al conde Ranuccio en Casaglia, y ambos se situa-

ran á espaldas del enemigo que, por el sitio en que estaba, por la hostilidad de la mayoría de los habitantes y por ser menores sus fuerzas creían que no podría resistirles.

Ejecutado inmediatamente este proyecto y reunidas en Casaglia las tropas del duque de Milán y de los florentinos, al amanecer se presentaron en orden de batalla delante del enemigo. Asustado éste, se apartó del castillo, que batía sin cesar con un cañón, y que había estado á punto de rendirse por falta de agua. Los sitiados recibieron agua, y además llovió por la noche. El enemigo se retiró al Burgo, retirada fácil, porque la dirigió Bartolomé de Alviano, hombre valeroso y práctico en la guerra, y porque mandaban á los florentinos el conde de Gaiazzo, más cuidadoso de la comodidad de sus soldados que del daño del enemigo; el Señor de Piombino, de quien decía monseñor Venafro que discurría bien, deducía mal y ejecutaba peor; que no llevaba ni la tercera parte de las tropas que le pagaban, y éstas ni le obedecían ni le respetaban, y el conde Ranuccio, á quien aun duraba el miedo de la derrota de San Regolo. Así, pues, aunque el enemigo se retiró, juzgóse su conducta, según la relación de los Comisarios, más honrosa y laudable que nuestra victoria; porque los nuestros no se atrevieron á atacarle, cuando ordenadamente se retiraba.

FIN DE LOS FRAGMENTOS HISTÓRICOS